

**PALESTINA,  
ABRIL AÑO 2000.**

Juan Pablo II interrumpió la misa, la voz del muecín llamando a oración le llegaba lejana y monótona. Había entre los asistentes al oficio una buena cantidad de musulmanes entre autoridades y curiosos, les debía ese respeto. Yasir Arafat paseó la mirada orgulloso sobre la multitud y una no disimulada sonrisa se dibujó en sus carnosos labios mientras que con un suave movimiento de cabeza agradecía al Papa su gesto. No era para ellos nueva esta relación que se había iniciado hacía ya casi veinte años cuando el líder palestino hacía equilibrios en la delgada línea que separa el terrorismo de la política, y Juan Pablo II lo había recibido en audiencia privada aquel 15 de Septiembre de 1982, poco después de ser tiroteado ¡por un musulmán! Él le prometió su apoyo en la consecución de la paz en Palestina, ahora ambos eran ya ancianos que luchaban por esa porción de ilusión de inmortalidad que se obtiene al figurar en los libros de historia y enciclopedias, perviviendo así en la memoria de las gentes.

Jerusalén, *Ur Shalem*, la ciudad de la paz, ¡qué ironía! Ninguna otra como ella había sufrido tantas y ensañadas destrucciones hasta no quedar piedra sobre piedra, en ninguna otra como en ella se había profanado tanto el nombre de la paz en aras de una intolerancia religiosa cainita entre primos hermanos carnales como judíos y musulmanes –ambos hijos de Abraham– y hermanos por adopción, que no son otra cosa los cristianos de los primeros, todo ello en la defensa de un mismo Dios, y allí estaban matándose, los unos venerando las piedras de un muro que suponían fue parte del antiguo templo de Salomón, los otros sosteniendo que el muro no es sino la pared posterior de la gran mezquita de Jerusalén.

Había pedido perdón en nombre de la iglesia por las persecuciones, expoliación y martirio a los que habían sido sometidos los judíos a lo largo de dos milenios de cristianismo, sabía que eso no era suficiente, una esquizofrénica relación unía a cristianos y judíos desde sus orígenes y la iglesia había deshecho a golpe de espada y fuego, sobre todo fuego, el nudo gordiano que ataba el yugo de los bueyes cristianos al carro del judaísmo.

*¡Alah Akbahar ilaha illa lah!* La monótona letanía de la oración facilitaba el camino a la modorra a la que era tan propicio, últimamente se quedaba dormido a la menor ocasión, le quedaba poca vida terrenal, su cuerpo, sometido a tantas agresiones estaba ya muy gastado, se sentía débil y enfermo, arrastrando un cansancio que le hacía verse a sí mismo como una vela cuyo pabito ardiera en una habitación en la que casi no quedase aire. –Soy viejo, eso es todo –se dijo, necesitaba estirar el tiempo y en ese estado de letargo en el que el breve sueño lo sumía los segundos se hinchaban dando cabida cada uno de ellos a muchos años.

¡Abril del año dos mil! Nunca creyó que llegaría a ver el segundo milenio, y allí estaba, en la Tierra Santa en un viaje que tenía poco de pastoral y mucho de político y exculpatorio, el 20 de mayo próximo cumpliría los ochenta, su mente estaba clara y su pensamiento lúcido, aunque era consciente de que en ocasiones se le escapaban las ideas, pero su cuerpo se resentía, su voz era baja, trémula, apenas inteligible y su espíritu flaqueaba; entornó los párpados y dejó que su mirada volara hacía el infinito por sobre las cabezas de miles de fieles congregados en las faldas de ese monte, el mismo en el que Jesús diera el sermón de las bienaventuranzas, y la mirada perdida en la lejanía le fue llevando veloz el pensamiento hasta aquel treinta de agosto de 1978 cuando aún era el cardenal Karol Josef Wojtyla.

...”Su Santidad Juan Pablo le requiere en audiencia privada que tendrá lugar el día...”

Este deseo del recién elegido Papa que cuatro días antes era el cardenal Albino Luciani y desde entonces el sucesor de Pedro con el nombre de Juan Pablo –nombre que tomó en recuerdo y a modo de homenaje a los dos papas que lo precedieron: Juan XXIII, que lo hiciera obispo en 1958, y Pablo VI, que en 1969 le otorgó el capelo cardenalicio–, le sorprendió, lo había votado, como lo había hecho la mayoría de los cardenales, como un Papa de compromiso que pusiera fin a la lucha fratricida entre los cardenales italianos monseñor Siri y Monseñor Benelli, pero no se podía decir que fuesen particularmente amigos ni que tuviesen puntos de vista comunes en lo que hacía a la organización de la Iglesia.

Mientras esperaba ser introducido en la sala de audiencias, se preguntaba qué querría de él ese nuevo Papa, neutro y bonachón, hijo de un maestro vidriero de Murano, la pequeña isla vecina a Venecia, a quien él mismo otorgara su voto en el segundo día de ese tortuoso cónclave que como era tradición se celebró en la capilla Sixtina. Para sorpresa general el encierro duró poco y el nombre de Albino Luciani apareció en las dos terceras partes de las papeletas, el mínimo exigido para ser elegido, las papeletas fueron incineradas volando al cielo los nombres que contenían en blancas volutas, que al escapar por la boca de la chimenea darían forma a la “fumata” que anunciaba a los fieles congregados en la plaza de San Pedro la buena nueva: “habemus papam”, luego vino la ardua labor de convencerlo para que aceptase, cuando lo hizo pronunció unas tremendas palabras que cobrarían significado más tarde: *Tempesta magna est super me* (una gran tormenta se abate sobre mí).

Lo recordaba con tanta claridad como si hubiese sucedido ayer mismo, la cara del bueno del Papa Luciani le traía a la mente aquella del cuadro del pintor milanés Giuseppe Arcimboldo en el que representando al verano un rostro conformado por frutos y cereales tenía por nariz un pepino, ¿o quizás era un calabacín? No lo recordaba con exactitud y ese pequeño detalle le molestaba, ¿por qué se molestaba tanto por pequeñas cosa sin importancia? Quizás porque era consciente de que la pérdida de la memoria significaría el inicio del deterioro final. Ese pensamiento del cuadro de Arcimboldo... ¡qué asociación de ideas tan infantil!

Mas no podía evitarlo, no quería ser irreverente ni siquiera en el anonimato de la intimidad de sus pensamientos, quizás esas asociaciones le vinieran de aquellos felices y despreocupados años en los que formaba parte del grupo de teatro experimental "Studio 38" fundado por Tadeus Kudlinski, sí, aquellos eran años despreocupados corrían los 38, acababa de trasladarse con sus padres a Cracovia él tenía dieciocho estudiaba filosofía y aún la bestia de la segunda gran guerra no había dado su primer rugido, luego vendrían tiempos difíciles.

Con qué facilidad la mente divaga enlazando un pensamiento con otro alejándose de su dirección primaria y concluyendo en recuerdos recónditos y escondidos entre los pliegues del alma, en esa breve eternidad que le brindaba la oración de alabanza a Alá había regresado hasta el momento en que recibió de las manos de su breve predecesor el conocimiento de la existencia de ese misterioso escrito, que permaneció arrinconado con diferentes envolturas entre los documentos de la Iglesia oficial desde el mismísimo Pedro, 262 papas antes que él, y probablemente sólo un puñado habría conocido su significación, y de aquellos que hubiesen estado al tanto de ello ninguno había querido revelarlo. De hecho aún hoy ignoraba el secreto que encerraba y desconocía si alguno de los que lo precedieron lo supo, parecía que su predecesor Albino Luciani sí que penetró en el secreto, pero no vivió lo suficiente para contarlo, quizás a su regreso a Roma la joven Alexandra della Rovere tuviese ya la respuesta.

Volvía con el pensamiento nuevamente a las dependencias de Juan Pablo I, quien despidió a su secretario y una vez a solas se levantó de su silla y avanzó hacía él llamándolo por su nombre:

–Karol, ven, acércate.

–Santidad...

–Estamos solos, por favor no me llames Santidad, hace sólo cuatro días y me siento muy raro con ese tratamiento, llámame Albino como siempre

–De acuerdo, Albino, entonces, dime ¿a qué se debe esta extraña audiencia privada luego de haber recibido a todos los cardenales en conjunto?

Albino Luciani tardó un rato en darme una respuesta, parecía como si le costase encontrar las palabras adecuadas para dar comienzo a su explicación. Yo permanecí en silencio hasta que finalmente, luego de un carraspeo y una especie de suspiro, sin más preámbulos, me dijo:

–A poco de ser elegido Papa, el bibliotecario encargado del archivo secreto del Vaticano, un fraile dominico español, seco de carnes y de carácter, llamado Lorenzo, me solicitó una audiencia privada con carácter urgentísimo, ya sabes, Karol, que a mí esto de ser Papa me queda muy grande y aún no sé cómo cedí ante vuestras presiones y acepte el cargo, de modo que intrigado y preocupado le concedí la entrevista. La segunda sorpresa fue cuando me rogó que despidiese a mi secretario, ya que sólo mis oídos podían oír lo que debía decirme, lo hice entonces –como lo he hecho ahora para recibirte a ti–, una vez a solas, luego de besar el anillo, me dijo:

“Santidad, debéis de saber que existe en el archivo secreto de la biblioteca un ejemplar del Apocalipsis de Esdras. Este apócrifo del Antiguo Testamento es el más oculto de los libros, y su conocimiento se ha transmitido de generación en generación a los iniciados de una secta llamada "Custodios de la Verdadera

Palabra de Jesús” y ni siquiera todos los papas han sabido de su existencia. Pues bien, escondida entre sus hojas se halla una revelación que podría cambiar todo el sentido de la cristiandad, ningún papa que yo sepa ha podido descifrar o arrancar de su escondrijo el secreto que se oculta entre la revelación que, como su Santidad bien sabe, es el significado de la palabra Apocalipsis –que el Ángel Aor El, o Uriel si su Santidad lo prefiere, le hizo al profeta Esdras–. Si alguien en algún momento lo consiguió se guardó muy bien de darlo a conocer. La secta de los custodios espera que se manifiesten los signos que indicarán que su contenido debe de ser conocido, y será un Papa el mensajero de que ha llegado ese momento”

–¿Te das cuenta, Karol? –Me dijo Juan Pablo I– Llevaba sólo unas horas como vicario de Cristo y me desayunaba con semejante noticia, no pude menos que preguntarle a aquel hombre si aquello no podía haber esperado algún tiempo, la respuesta que me dio fue lo que me llevo a llamarte a mi presencia.

–¿Qué fue lo que te dijo? –recuerdo que le contesté.

–Su respuesta fue tan oscura como aterradora:

“Santidad, usted es un hombre de iglesia distinto a los que se mueven en el ámbito Vaticano, su trayectoria ha sido siempre pastoral y humana, quizás quiera cambiar muchas cosas en las que se mezclan intereses terrenales y espirituales y hay poderes fácticos dispuestos a todo para que esas cosas no cambien, existe otra logia nacida en las mismas fechas en las que tiene origen la de los Custodios, y los fines que persigue son contrapuestos, como lo blanco a lo negro o el bien al mal, a aquellos que persiguen los miembros de los custodios de la verdadera palabra, estos otros, llamados a sí mismos “Los Paulianos”, se proponen la destrucción del Apocalipsis y lo que guarda en su interior.

La vida de un hombre es muy frágil, incluso la del sucesor de Pedro, ha habido pontificados como el de Pío III, Marcelo II, Urbano VII, Inocencio VIII o León XI que duraron días o meses, y otros muchos que de más larga duración fueron interrumpidos por la inesperada y siempre para algunos oportuna visita de la Parca, hoy goza su Santidad de buena salud, mañana quizás quiera el Señor llamarlo a su lado”.

–Como te darás cuenta, Karol, lo que me decía este hombre era estremecedor. Pensé que debía de estar mal de la cabeza, pero me picaba la curiosidad y le pregunté qué era aquello tan tremendo que se ocultaba en el libro de Esdras, a lo que me contesto:

“Existe una carta de alguna forma oculta en ese Apocalipsis, o bien en ella se guarda la clave para hallar el escondrijo de la carta; el contenido de la epístola parece haber sido escrito de puño y letra por Santiago o Jacob, el hermano de Jesús testigo de la infancia del Salvador, y en ella se harían revelaciones que podrían dejar sin sostén a varios dogmas de la Iglesia Católica. El contenido del documento pudo haber sido conocido por el Papa Alejandro VI, quien decidió ocultarla en el apócrifo. Debe contener una revelación trascendental para los intereses terrenales del Vaticano, pues está la banca muy interesada en que no salga a luz”

–Interrumpí su discurso para preguntarle cuáles eran los poderes fácticos a los que había hecho mención antes, me miró como si dudase entre considerar mi ignorancia como disimulada o como clara evidencia de que yo estaba en el limbo pese a mi condición de Papa.

“Santidad, –me contestó –acabo de mencionaros la existencia de dos sectas de opuestos fines, la primera de carácter hermético y estrictamente religioso entronca de algún modo con los Cátaros o Albigenses, la segunda se vincula a la familia de las sectas Francmasonicas y mantiene estrechos lazos de unión con la banca Ambrosiana, el banco del Laboro y el Banco Chigui, y también con logias, como la P-2 o la congregación para la Doctrina de la Fe, que tienen en común el principio de que si algo debe cambiar es para que todo siga igual”

–Dicho esto me ofreció un papel, que tomé de su mano, en el que estaba anotada la catalogación de la Apocalipsis de Esdras en el archivo secreto, y me pidió la venia para retirarse.

–Antes de irte –le contesté –debes primero decirme cómo sabes tú todo lo que me has contado–. Su respuesta fue:

“Santidad, he dedicado mi vida a estudiar entre los archivos secretos buscando un indicio y custodiando la Apocalipsis”

–Dicho esto se retiró. Cuando se hubo ido me quedó la impresión de que había pronunciado con particular énfasis la palabra “custodiando” ¿habrá querido significar que él era uno de los iniciados de la secta de los Custodios? Me pregunté. Todo cuanto dijo sonaba a extraño misterio e intrigas de las que todos hemos tenido oídas como parte de la leyenda del Vaticano, pero lo que en verdad me inquietó mucho fue el hecho de que me atribuyera la intención de abordar reformas en los manejos económicos y financieros del Vaticano, ello me ha llevado a llamarte dentro del programa de consultas personalizadas con los cardenales, pues, en efecto, es en cierto modo la razón por la que acepté la tiara la posibilidad de devolver a la Iglesia el verdadero espíritu de Cristo desprendiéndola de las ataduras materiales y acercándola al hombre.

Recuerdo con tanta claridad como si hubiese sucedido ayer mismo que le dije con un punto de ironía:

–¿Le has tomado la idea al pobrecito de Asís?

También puedo recordar con la misma claridad su respuesta y la profunda pena que asomó a sus ojos ante mi observación:

–No, Karol, la he tomado de Jesús, recuerda que dijo que es más fácil que pase un *camillus* por el ojo de una aguja a que entre un rico en el reino de los cielos.

–Perdona mi insolencia, Santidad –fue todo lo que atiné a contestarle, y él prosiguió:

–Llevo estos cuatro días tratando de visitar la biblioteca y me ha sido imposible, me encuentro como prisionero en el Vaticano y son los barrotes el protocolo y el rígido programa de actividades a que me tienen sometido, tengo la sensación de que algo apesta a mi alrededor en el Vaticano, y además una terrible revelación se oculta en la biblioteca, temo que algo pueda sucederme e incluso sospecho que ojos y oídos me acechan incluso en la intimidad de estas habitaciones. He recurrido a ti porque conozco tus orígenes y trayectoria, voy a tratar de hacerme con el libro y ver si en los archivos secretos hay algún otro documento que pueda tener alguna vinculación, y después tendré también una larga conversación con el arzobispo de Milán, a quien considero un amigo, y le preguntaré, como te lo pregunto a ti, si puedo contar con vosotros para emprender las reformas necesarias, pues necesitaré de apoyos, ya que voy a convocar al cardenal Camarlengo, monseñor Villot, que es el administrador de los bienes pontificios para exigirle la revocación del cardenal Marcinkus, ya que su nombre se encuentra entre los implicados en el escándalo del Banco

Ambrosiano. Ahora debes irte, no quiero que la duración de esta audiencia particular pueda levantar sospechas.

Quise arrodillarme para besar su anillo, pero él lo impidió. Tomándome de ambas manos me besó en las mejillas y disimuladamente dejó en mi mano izquierda el papel con los datos de ubicación del apócrifo, y susurró en mis oídos estas extrañas palabras:

–Si algo me sucediera trata de encontrar el libro oculto, en este papel que te doy esta su catalogación, habla con el padre Lorenzo y averigua si hay algo de cierto en lo que me ha dicho, y hay que enfrentarse a un nuevo problema con el que no contaba o está completamente loco, y deberás centrarte en el asunto de las finanzas, y luego habla con el arzobispo de Milán, no quisiera que se perdiera la oportunidad de hacer lo que es necesario, aunque todo dependerá del Papa que vaya a sucederme.

Cuando ya alcanzaba la puerta me detuvo su voz sencilla de hombre de pueblo, una voz que no había sido uniformada con ese tono monocorde y falso que tan frecuentemente se instala entre nosotros, yo mismo en ocasiones me descubro hablando de ese modo y lo atribuyo a la necesidad de expresarme en italiano tan suave y cantarino, tan distinto a mi polaco materno:

–Karol, no temas lo que puedas descubrir, no hay secreto que no vaya a ser revelado ni verdad que pueda permanecer por siempre oculta.

Me giré y asentí con una inclinación de cabeza sin añadir palabra, con una extraña sensación, la de que ese hombre sabía que iba a morir y no precisamente de causas naturales.

Un hecho sorprendente me reafirmó en esa sensación, desde el día 15 de Septiembre, vale decir trece días antes de su repentina muerte, circulaba en forma secreta en círculos reducidos y autorizados, una lista de veinte “papabili”, esto era tanto como dar por hecho que en breve serían cerradas nuevamente a cal y canto las ventanas y puertas de la capilla Sixtina para la elección de un nuevo Papa. Cuando objeté ante quien me hizo confidente de esa lista que el nuevo papa parecía gozar de muy buena salud, me contestó en tono de misterio: “eso es algo que nunca se sabe”

Abro lentamente los párpados que me pesan una enormidad y por la rendija de luz que dejan pasar entre sus abotargados pliegues distingo la sonrisa en los abultados labios de Yasir Arafat rodeados de una desprolija y rala barba en la que alternan los pelos blancos y negros con áreas de piel lampiña cubierta de manchas de vejez, en la cabeza el perenne turbante a cuadros negros y blancos que cubre una gran calva sólo conocida por un puñado de sus íntimos. El muecín apenas ha pronunciado las dos primeras palabras de la llamada a oración, ¡qué maravilla, cómo puede elongarse el tiempo en nuestro interior dando cabida a tantos pensamientos! A mi derecha el primer ministro israelí Edhu Barak también sonrío, debo pedir perdón a los judíos por tantos siglos de persecución, tortura, muerte, discriminación y humillaciones a los que los cristianos les hemos sometido, voy a hacerlo ahora en público, no he tenido el valor de hacerlo antes recogiendo la antorcha que dejó en su lecho de muerte aquel Papa bueno, Juan XIII, en una de sus últimas oraciones:

“Reconocemos ahora que muchos, muchos siglos de ceguera han tapado nuestros ojos, de manera que ya no vemos la hermosura de tu pueblo elegido ni reconocemos en su rostro los rasgos de nuestro hermano mayor. Reconocemos que llevamos sobre nuestra frente la marca de Cain. Durante siglos Abel ha estado abatido en sangre y lágrimas porque nosotros habíamos olvidado tu amor. Perdónanos la maldición que injustamente pronunciamos contra el nombre de los judíos. Perdónanos que en su carne te crucificásemos por segunda vez. Pues no sabíamos lo que hacíamos...”

Él tenía su deuda particular para con los judíos, ésta devenía de la lejana niñez cuando compartía juegos, fantasías e ilusiones con quien era su mejor amigo, Jurek Kruger, el hijo del presidente de la comunidad judía, un par de años más tarde, en los albores de 1936 y con 16 años de edad, llegó el primer amor de la adolescencia en la persona adorable, rebosante de alegría de vivir y amor a las cosas de la vida de Ginka, la dulce judía; ya para entonces la senilidad política del mariscal Hidenburg, el rencor alimentado en el pueblo alemán por las humillantes condiciones del tratado de Versalles y la ceguera egoísta del resto del mundo habían permitido que la locura de Hitler se instalara democráticamente en Alemania, la fiera xenófoba despertaba y el antisemitismo se extendía por Europa como una viscosa mancha contaminante, la división alcanzó al instituto Marcin Vadovius, donde él estudiaba, allí rompió sus primeras lanzas a favor de los judíos cuando decía a sus compañeros que ser antisemita era ser anticristiano, sus palabras se perdían en el griterío racista, Ginka, su primer amor de juventud, partió para Palestina, él la despidió parafraseando al gran poeta polaco Adam Mickiewicz: “Señor al judío, nuestro más antiguo hermano, ayúdalo en el camino a la eternidad”. Ginka se despedía de él agitando su menuda mano mientras le decía entre sollozos: “Adiós Lolek, no me olvides”

Lolek..., le sonaba raro, hacía ya una eternidad que nadie le llamaba ya así Se preguntó si también Juan XXIII habría tenido conocimiento de lo que se oculta en la Apocalipsis de Esdras, quizás intentó descifrarlo sin éxito, se preguntó también si alguno de sus predecesores habrían penetrado en el arcano, ¿sería él el Papa que espera la secta de los Custodios para que se haga publica la palabra de Jesús? ¿Habría tenido éxito Alexandra en su intento? ¿Estaría suficientemente protegida? Un accidente de circulación es algo muy frecuente en una ciudad como Roma y con demasiada frecuencia no se da con el conductor homicida.

Llegaba a su memoria su propio atropello, fue en marzo del 44, se cumplía ya un año de su última aparición en el escenario de un teatro con la representación del papel de Samuel Zborosky, y ya en aquella lejana juventud algo se movía dentro de él guiando sus pasos hacia la Iglesia. Probablemente fue mi culpa, andaba metido en mis pensamientos y fuera del mundo que me rodeaba, no vi el coche que avanzaba en dirección a mí, tampoco debió de verme el conductor de éste. En la confusión de las sombras que propicia el crepúsculo, sólo recuerdo del accidente un irritante y algo lejano sonido producido por el chirriar de los frenos en un intento desesperado de evitar el atropello, luego un ruido sordo, que fue el que hizo mi propio cuerpo al chocar con el parachoques para rebotar luego sobre el asfalto del pavimento. Desperté en el hospital varios días después, y conocí por primera vez la nada de la

muerte durante el tiempo que duró la conmoción cerebral, luego tuve algunos otros encuentros ocasionales con el Ángel de la muerte, más en ninguno de ellos consideró el Señor que debía acompañarlo. Ya recuperado de la conmoción cerebral y de las heridas y fracturas, el arzobispo Adam Stefan Sapieha me llevó a su casa, donde funcionaba el seminario clandestino. En ocasiones he pensado que aquel coche que surgió de la nada fue un acto de voluntad divina para darme la señal que yo buscaba. Allí permanecí hasta el final de la guerra, tenía 24 años, las tropas rusas liberaban Cracovia de la ocupación nazi y yo recibía tonsura y la primera de las órdenes menores, el ostium, con la íntima sensación de haber hecho más por mi alma que por la de mis semejantes durante esos años rebosantes de oprobio que llenaron sus días con la humillación de las botas de los invasores de la cruz gamada. Los libertadores no resultaron mejores que los anteriores opresores y decidí que debía luchar contra el comunismo con todas las fuerzas y habilidades que Dios quisiera concederme.

Cuando salí de la sala de audiencias tras mi entrevista con el recién elegido Papa Juan Pablo I, me preguntaba si había sido acertado otorgar mi voto a ese hombre. Abandoné en las profundidades de un bolsillo el papel que me dio y me dije que, seguramente, cuanto le había dicho ese bibliotecario no era otra cosa que los desvaríos de un cura con la mente afectada de tanto hurgar entre los archivos, me fui convencido de que nada habría de sucederle y que en el desempeño de su nueva responsabilidad Dios le ayudaría a realizarlo correctamente.

Me olvide del tema y partí de visita a la república federal alemana con la compañía del cardenal primado Stefan Wyszynski y los obispos de Stroba y Rubin, no duró mucho nuestro viaje, la terrible noticia de la inesperada y sorpresiva muerte de Albino Luciani hizo que el día 3 de Octubre tuviera que regresar a Roma para asistir a los funerales del Papa, que hacía el numero 262 desde Pedro.

La muerte de Albino Luciani me impactó profundamente, ya que nada en él daba que pensar en una muerte tan repentina, por el contrario tenía un aspecto agradable y saludable, no pude sino recordar las palabras del bibliotecario tal como el mismo Albino me las había relatado, y sus propios temores que me susurró al oído, pero eso era imposible hacía mucho que se había superado la Edad Media y el Renacimiento, en pleno siglo XX no se podía asesinar a un Papa dentro del Vaticano, el diablo me sopló en el oído que a los papas no se les hace autopsia y la policía de Roma no tiene jurisdicción dentro de las fronteras del Vaticano, que es un estado independiente, los únicos con capacidad para ordenar una investigación podrían ser los mismos con capacidad para el magnicidio.

Durante los diez días que debí permanecer en Roma hasta que se celebrase el cónclave trate de hacer algunas averiguaciones. Cumpliendo con lo que para mí fue el último deseo del papa que nos disponíamos a reemplazar y con el papel rescatado en el que estaban los datos de localización del Apocalipsis de Esdras, me dirigí a la Biblioteca Vaticana, pregunté por el encargado y la persona que me atendió me dijo que el documento que requería pertenecía al

archivo secreto, le pregunté si el papa fallecido había examinado alguna vez el documento y me respondió que lo ignoraba, pues no había tenido el placer de conocer personalmente al recién desaparecido papa, pero que en caso de haberlo hecho tampoco podría haber dado cumplimento a sus deseos ya que esa codificación correspondía como acababa de decirme al archivo secreto. Le pregunté si era nuevo en el cargo, a lo que me respondió que llevaba diez años desempeñándolo, recuerdo que insistí preguntándole si acaso había sido reemplazado por algún suplente o si tenía algún ayudante que tuviese acceso a dicho archivo, reafirmando él en su respuesta añadió que sólo el padre Lorenzo tenía la posesión de las llaves y los códigos de entrada al archivo secreto. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo y por unos instantes se me ocurrió que quizás hubiese algo siniestro tras la muerte de ese papa sencillo y con deseos de cambiar algunas cosas; enseguida sacudí de mi mente esos pensamientos como se sacude una inoportuna suciedad que ha caído en uno de nuestros hombros, no obstante recordé también que en aquella entrevista me había manifestado su intención de examinar el libro y tener una conversación con el arzobispo de Milán, me pregunté si habría conseguido hacerse con el libro y si habría tenido esa conversación con el arzobispo de Milán y de tenerla me preguntaba si le habría participado de sus planes reformistas solicitando su apoyo, y si éste se lo habría dado, de modo que esa misma noche me hice con el número de teléfono del arzobispo y lo telefonee.

Se mostró sorprendido de mi llamada pero más lo sorprendió el motivo de la misma, cuando le pregunté si había tenido una conversación con Juan Pablo I poco antes de su muerte sólo atinó a decir ¿cómo? Cuando le repetí la pregunta se hizo del otro lado de la línea un silencio embarazoso, como si dudase entre negarlo o reconocerlo, finalmente me llegó una respuesta afirmativa para, a continuación, contraatacar preguntando a su vez cómo era que estaba yo enterado de ello. Le contesté que el mismo papa me lo había contado poco antes de su muerte. Un nuevo silencio, sin duda estaba especulando cuánto podría yo saber de esa conversación para, a continuación, añadir:

–Sí, tuvimos una larga conversación de más de una hora de duración durante la que tratamos temas confidenciales, relativos al Vaticano y su organización política y financiera.

–¿Nada más? –Insistí. Tras una nueva vacilación me dijo:

–Bueno también hablamos de la oportunidad de abrir al público algunos de los archivos secretos de la biblioteca, pero ¿a qué vienen tantas preguntas? Ni que fueras a ser el próximo Papa.

–Nunca se sabe –le contesté bromeando, a lo que él, en el mismo aire festivo, me dijo:

–Lo tienes muy difícil, no sólo no eres italiano sino que además eres polaco.

Antes de colgar le hice una última pregunta:

–¿Sabes algo de la secta de Los Custodios de la Verdadera Palabra de Jesús o de la logia de los Paulinos?

La respuesta tardó unos segundos que se me antojaron en su silencio llenos de significado, me hubiese gustado ver la cara del Arzobispo en esos instantes y mirarlo a los ojos, quizás habría visto algo, pero a través del frío contacto del teléfono sólo llegaron a mis oídos unas inexpresivas palabras:

–No sé de qué me hablas.

Decidí olvidar todo ese asunto, pero guarde cuidadosamente el papel que me dio Albino, no tanto con la intención de profundizar en el tema sino como recuerdo de mi predecesor. Diez días más tarde, el dieciséis de Octubre de 1978, alrededor de las cinco y cuarto de la tarde, sin que yo tuviese conocimiento de que varios cardenales lideraban una corriente para favorecer la elección de un papa que no fuera italiano, se propuso mi nombre precisamente por mi cruzada personal contra el comunismo, que pretendía asfixiar sin conseguirlo el catolicismo de Polonia.

Fui así elegido el sucesor de Pedro, y por un impulso que no supe a qué atribuir decidí tomar el nombre que adoptó Albino Luciani pasando a ser Juan Pablo II.